



## MI ENCUENTRO CON LA RÁBIDA

Leonardo Polo

[Leonardo Polo fue alumno del VIII Curso de la universidad de la Rábida (1950); fue también profesor de sus cursos universitarios los años 1964-69, 1972 y 1973; y profesor de los cursos universitarios de la asociación *La Rábida* los años 1981, 1983-1988 y 1990-4. Aquí se reproduce el texto que publicó en el volumen *El espíritu de la Rábida* (coordinado por Fernando Fernández Rodríguez, secretario general de la asociación *la Rábida*). Unión editorial, Madrid 1995; pp. 760-2]

Conocí la Rábida en el momento oportuno. Fue el año cincuenta, cuando el proyecto iniciado por Vicente Rodríguez Casado, siete años antes, había abierto ya un firme vector de sentido: entender la historia de España desde los valores más fundamentales, reanudarla hacia un futuro sólo posible si se ponía un empeño enérgico que no prescindiera de ninguno de los recursos de que el hombre dispone. En la Rábida no había sitio para la cicatería, ni para el cálculo egoísta que encara el porvenir desde la inseguridad propia de las ambiciones recortadas, ni para los prestigios huecos, sin sustancia, con que se satisface en convencionalismo. La Rábida era un lugar para la amistad, es decir, para la coincidencia en la búsqueda de lo que aún a las libertades sin menguarlas: las cuestiones de fondo. La Rábida era una tarea de universitarios y, a fuer de tal, un disolvente de tópicos, el banco de pruebas de convicciones básicas.

La primera oportunidad de aquel momento fue para mí, hijo de un republicano muerto en el exilio, algo parecido a lo que Hegel llamaba la reconciliación con la realidad en torno. La Rábida contribuyó a liberarme de la experiencia de estar inmerso en un ambiente asfixiante. Durante una década, la España oficial había marchitado su victoria en una guerra civil por el sorprendente procedimiento de ejercer el poder político como una concesión supererogatoria y de impartirlo como una dádiva otorgada desde una autojustificación moral indiscutida y, por tanto, estéril, petrificada. La sensación de asfixia procedía de la negativa a formar parte de semejante falsificación, anuladora de la marcha de la historia y de la expansión biográfica de la libertad de la persona. Desde entonces sostengo contra viento y marea que la política no es asunto psicológico sino de realizaciones.

## ***Ímpetu rabideño***

Se percibía de entrada que el ímpetu rabideño contenía una excepcional dosis de generosidad. No se cobraba factura, sino que se gastaban bromas. Era como una alborada; quiero decir, como un comienzo y no como un corolario fácil, no como la seguridad fija de una certeza formalizada, sino como un caminar insistente, la versión clásica aristotélica de la reconciliación con lo real, entendida como *ergon*, como claridad alcanzada pero no agotada, verdad poseída y compromiso de profundizar en ella.

Eso era también la Rábida: luminosidad ambiental, cielo del sur; el verde de los pinos como telón en la colina próxima y más allá el rebrillar atlántico surcado por las carabelas, la fuerte sugerencia de la América hispana. Y cerca, el monasterio con su pequeña virgen gótica y las cavilaciones renacentistas sobre la Tierra esférica: descubrimientos, la génesis del nuevo mundo y lo que queda por hacer. En suma, lo clásico de la mañana, sin la melancolía de la tarde, de lo demasiado maduro: el espíritu que hace joven al tiempo al demorarse en el diálogo. La Rábida era el diálogo a cualquier hora y, sin falta, después de la cena en el despacho de don Vicente, donde se convertía en un debate con bastante carga crítica, como corresponde a los que tocan las ideas sin aferrarlas todavía y quieren desprenderse de fórmulas muertas.

Amistad, generosidad cuya medida es la alegría, libertad y diálogo. En un momento muy oportuno los vi en La Rábida. Hoy son más necesarios todavía porque son la disciplina interior del hombre joven. Por eso la Rábida sigue viva portando una misión que no cabe omitir: alumbrar la entraña del espíritu universitario.

## ***Comprometerse***

Seguramente este aspecto, que es superior a la simple reconciliación con el tiempo que a uno le ha tocado vivir, es la segunda oportunidad que el encuentro con La Rábida continúa proporcionando: marcar una orientación, justificar la dedicación al cultivo del saber, mostrar que la tarea en las aulas y la investigación no son ni una mostrenca repetición de la manualística ni un almacenamiento erudito, sino el comprometerse en la invención de nuevas verdades capaces de imprimir un rumbo a la historia, de incidir creativamente en la dinámica de la sociedad.

La aludida disciplina del hombre joven se interioriza, se integra en las fuentes de efusividad de la persona en la medida de la recreación íntima del mundo y se realiza en términos de comprensión. La comprensión se traduce en la apertura hacia fuera del espíritu, cuya inagotable virtualidad se descubre como alegre generosidad, libertad y existencia en diálogo. El rendimiento de la apertura efusiva se llama servicio. El academicismo enteco es la cáscara vacía, sin meollo, de una inteligencia congelada que ignora la creatividad y se constituye como un reducto aislado, replegado en sí mismo y, por tanto, ausente, alejado de la germinación del futuro en los procesos reales de la humanidad. Tal aislamiento es lo que reduce la universidad a fantasmagoría rutinaria y la convierte en una "entidad" burocratizada, cuya vitalidad es exigua porque se alimenta de reglamentos y no de aportaciones personales.

En ese sentido, La Rábida ha producido más universitarios que ninguna otra institución; por ella han pasado estudiantes, aspirantes a titulaciones de enseñanza superior; pero este paso ha dado lugar a una transformación: esos estudiantes han

entendido que no lo eran sólo por unos años o de un modo transitorio, porque eran miembros de una institución a la que debían reforzar; en ellos las condiciones de universitarios se han remansado, se han hecho permanentes, han asimilado sus principios radicales, de acuerdo con los cuales la universidad detalla un estilo que, al imprimirse en los que pasan por ella, elimina su mera condición transeúnte. La Rábida es mucho más que una Facultad de pedagogía, pues lo que en rigor enseña es la radical pertenencia a la universidad.

Hoy La Rábida es una Asociación formada por antiguos alumnos convencidos de que esa impronta puede y debe comunicarse. Quizá el intrínquis de su mensaje sea éste: no te limites a aprovecharte de la universidad; decídetete a serla tú mismo.